

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 118

Sevilla—Sábado 24 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

Decíamos ayer...

Se marcharon los príncipes. Se apagaron las luminarias.

Se perdió entre nubes el incienso.

El fausto, el lujo, la bacanal. La fiebre del entusiasmo inconsciente; la borrachera de la adulación; todo ha concluido, y volvemos, afortunadamente, a la realidad, con la serenidad de juicio y con mayor convicción que antes de que los espasmos neuróticos se conviertan en amargos desengaños para aquellos que de buena fe hayan echado las campanas a vuelo.

No conocemos las impresiones de los representantes extranjeros, traídos y llevados de revistas militares a recepciones y banquetes, de solemnidades *Te-Deums* y místicas católicas consecuencias a espectáculos taurófilos, escoltados y admirados con la curiosidad de las muchedumbres, que, en apiñadas filas, les seguían a todas partes; pero sea cual fuere la impresión externa, se han estudiado los movimientos y la verdadera actitud de esas muchedumbres, no habrán podido menos de observar que ese pueblo que parecía entusiasmado, llevaba el luto dentro, como apesadumbrado por inmensa pena. Sus juicios definitivos nos los darán los grandes periódicos de Europa que juzguen con independencia de los sucesos, si es que aún merecemos que fuera de casa se ocupen de nosotros; y entonces la prensa de la cámara gubernamental y dinástica de dentro de casa quedará tan malparada por sus ardores monárquicos como ha quedado aquí dentro en la conciencia del pueblo español, que conserva todavía sentimientos de hidalguía y de decoro, que se han perdido en el mundo oficial y sus dependencias.

Decíamos ayer... y repetimos hoy, que seguimos en una interinidad *prolongada* y en un régimen *prorrogado*, y ya nos hemos metido más adentro del atoladero, porque parece que han resucitado los sueños de ridículas grandezas por haber pasado a la vista del espectador los brillos de los uniformes.

Decíamos ayer que esto no podía seguir, y hoy, después de los voladores y de las tracas, después de las músicas y de las luminarias, volvemos al pasado triste y amargo de una realidad envenenada de peligros y dificultades.

La política vuelve a hacer su camino, y el problema de los cuervos se plantea en el Consejo de ministros en forma de proyecto de ley de asociaciones, que muy bien puede servir de sustituto de muerte al primer ministerio del nuevo monarca y de piedra de toque de los primeros disgustos de la opinión, atenta a la resolución de este problema capitalísimo.

—¿Habrá crisis en la próxima semana?—se preguntan las gentes.—¿Se someterá Canalejas? ¿Triunfará Moret?

Poco importa que Canalejas se someta ó que Moret triunfe. Poco importa que venza la tendencia más avanzada, imponiéndose al criterio más conservador. Si el Gobierno sigue, triunfando cualquiera de los beligerantes, quedaremos como estamos, porque el proyecto no pasará a la categoría de ley, y porque Roma triunfará en toda la línea. Los obstáculos se han agrandado y la satisfacción a la opinión pública en esta materia, como en todas las demás, se quedará en proyecto, porque así conviene a los intereses del Vaticano y a los propósitos de la familia privilegiada que todo lo puede.

Pedir la luz a los que viven en constante obscuridad, y a cuyos resplandores se abrasan, es quimérico; por esto nada podemos esperar de los más radicales que, amparados del régimen, pretenden seducirnos con teorías y retóricas admirables, pero irrealizables en el actual estado de cosas.

Decíamos ayer que esto es incompatible con la democracia y con la salud de la patria, y repetimos hoy que se impone la destrucción de todo lo que constituye un obstáculo a la dignidad del pueblo y a la conservación de la autonomía nacional.

A. A.

Murmuraciones

Anteayer y ayer fué objeto de todas las conversaciones en los círculos de la capital la actitud en que se hallaban colocadas dos entidades sevillanas: la comandancia de Marina y la Junta de Obras de nuestro puerto.

Fué el caso que la primera, seducida ó alucinada por alguien que le tiene malquerencia a la segunda, ¡vaya usted a saber por qué!, exigió de ésta que su material flotante de obras fuera tripulado, los vapores y dragas por maquinistas navales, y que, además, barcos, barcazas, martinetes, etc., fueran despachados en la comandancia para cada viaje que hicieran, como si fueran a alta mar é igual que los buques de mercancias.

Esto es: a un kilómetro de la ría se observaba variación de fondos, cosa natural en el Guadalquivir cuando las lluvias arrastran ramajes y sedimentos recogidos en toda la cuenca... Inmediatamente el ingeniero vese precisado a mandar la draga; pues no señor. Había necesidad, según las exigencias de una ley de allá del año 56, de llevar el rol a capitán, pagar los derechos consiguientes y sufrir las rémoras a que hubiere lugar.

Y todo esto tratándose de un servicio propio, sin el cual no podrían navegar sin tropiezos los barcos de gran tonelaje.

El hecho era irregular, y desde luego creemos que la parte actora no lo había meditado bien, ó había obrado por sugestión interesada. El señor ingeniero ordenó el amarre de todo el material antes que someterse a órdenes tan depresivas y extemporáneas, y surgió el conflicto.

Afortunadamente la razón y la lógica se han impuesto, y, según vemos en la prensa de la mañana, todo se ha solucionado dejando las cosas como estaban, aunque sometidas a las decisiones de la superioridad.

La solución se caía de su peso.

Lo que se pretendía no tenía razón de ser tratándose de un servicio de conservación, necesario para la vida marítima, y venía a ser como si un enfermo que llama al médico, al entrar a curarlo, le dijera:

—Caballero: Para curarme tiene usted necesidad de hacer una solicitud, pagar los derechos, pedir permiso y esperar a que a mí se me antoje decirle:

—Puede pasar.

A lo que contestaría el médico:

—¡Vaya usted a la porral!

El espíritu absorbente de ciertos organismos, que tan simpáticos han sido siempre a la nación, los lleva a veces a obrar de manera desatentada.

D. Antonio Grilo, poeta de oficio y lacayo cortesano, ha compuesto un himno en honor y sablazo de don Alfonso trece.

¡Lagarto! ¡Lagarto!

Ese hombre, como poeta es malo; pero como lacayo, tiene muy mala sombra.

No doy por la monarquía una perra grande.

Los alcaldes españoles fueron ayer en manada a presentarse a la gente allá en la Corte de España. Todos, según las noticias que nos dan los telegramas, besaron la mano al rey... ¡Pues le habrán hecho una llaga! Una gota y otra gota la piedra más dura ablandat; y un beso con otros besos, dejando en la piel las babas, por lo menos yo presumo que habrán dejado una mancha.

El País comenta irónicamente las zalemas de Montero Ríos ante el rey Alfonso, a nombre del Senado español, y desvirtúa los ditirambos rimbombantes que le han echado a manera de flores de trapo, del siguiente modo:

«España en tres siglos ha caído de lo alto del Capitolio al fondo del abismo. No pudieron impedir esa decadencia ni Felipe II, ni Felipe V, ni Carlos III. Para el Senado el joven rey está llamado a devolvernos aquellas grandezas corrigiendo la plana a sus más ilustres antecesores.

Ayer, precisamente, se recibió la noticia de que las obras de Sierra Carbonera, para emplazar baterías, que harían imposible la ocupación de Gibraltar por los ingleses, habían sido suspendidas sin duda por virtud de órdenes y exigencias del gobierno de Londres. Ya ve el Senado cómo coincide con el nuevo reinado una señal evidente de que España va camino de sus pasadas grandezas. Hasta es posible que en los albores de este nuevo rosicler se nos obligue a destruir las fortificaciones emprendidas.»

A lo que dirá Sagasta con la mayor tranquilidad:

—Bueno, ¿y qué? ¿Para qué queremos nosotros esas fortificaciones? ¿De qué nos sirvieron las que teníamos en la Habana? ¿De qué las de Filipinas? Lo que importa es ir tirando como Dios nos dé a entender, y el que venga detrás, que arré.

En Aveiro, pueblo importante de Portugal, salió el obispo en procesión bajo palio. Y ahora oigan ustedes:

«De repente, y sin que se sepa la causa de esta determinación, no gustándole el itinerario marcado por el Ayuntamiento, ordenó a los cofrades que volviésemos atrás y tomásemos otro camino.

Los cofrades se disgustaron y no le hicieron caso, siguiendo tranquilamente su camino, mientras el obispo, seguido de una parte del clero, siguió bajo palio por otra calle.

Esto disgustó profundamente al pueblo, que empezó a gritar contra el obispo y contra el clericalismo.

El obispo entonces tomó, según parece, una actitud algo provocativa, desesperando a la gente, que se lanzó sobre él para agredirlo.

El tumulto que se produjo fué espantoso, teniendo el obispo que huir precipitadamente a esconderse en una iglesia cercana mientras el pueblo seguía amotinado.»

Y comenzaron a llover piedras portuguesas encima del carruaje portugués del portugués obispo, y gracias a las bayonetas portuguesas de los soldados portugueses, que acudieron en auxilio del obispo portugués, no ocurrió una portuguesa.

En todas partes tienen más coraje que en España cuando sucede un caso de estos.

Aunque, a decir verdad, a nosotros los sevillanos nos cabe el alto honor de haberles hecho correr una varilla por las calles de la ciudad a obispos, canónigos, carlistas y demás familia zoológica, cuando el centenario de Murillo.

Yo, que por entonces era un muchacho muy simpático, salí del antiguo café Universal con una silla para... sentarme en ella y ver los toros descansado.

Por cierto que un caracterizado carlista que estaba conmigo, y que ya no existe—D. Antonio Marsella—me decía:

—A la cabeza, Pepe.

—¿Pero usted no es de la *partida*?—le dije.

—Yo no me meto en esos fregados. O en el campo, frente a frente, con mi persona y mi fortuna—como lo hizo—o en mi casa.

Roberto Castrovido, en un artículo hablando del entusiasmo del pueblo de Madrid en las fiestas de la coronación, con la gracia y el desenfado que le distinguen comenta el suceso de manera imparcial.

Y al fijarse en los aplausos de la multitud, exclama:

«Y es que del bloque popular salen los soldados, capaces de matar a sus hermanos en un motín; los policías, los criados, los porteros, los guardias, los que llevan en la médula el servilismo. Para esa chusma ignorante, estúpida, carne de cañón, masa explotada y esclavizable, un uniforme supone mucho; el rey es algo superior, y se creen, sin idea de su dignidad, que debe obediencia al que lleva una casaca dorada ó al que ostenta una insignia cualquiera.

De esa ignorancia, de esa abyección, sacan el trono y la iglesia, la autoridad y el capitalismo, el coro estúpido para sus fiestas y los defensores para los momentos de peligro.»

Y como esa baza no hay quien la levante, la dejo sobre la mesa.

¡A ver si hay un guapo que se atreva a contrarrestarla!

Ya lo decía el simpático Guy de Maupassant:

—La multitud siempre es estúpida.

En Venezuela, amarados, fueron veinte diputados a la Cárcel nacional...

El suceso no me extraña: ¡cuando pasará en España una cosa casi igual!...

El Sr. Marqués de Paradas, en su visita a don Alfonso trece, le ha rogado que visite a Sevilla, porque nuestra ciudad, según dice el marqués, está ansiosa de aplaudirle y agasajarle.

El Sr. Marqués de Paradas, de los trescientos sesenta y cinco días del año, estará en Sevilla setenta y cinco...

Excuso decir a ustedes que tan simpático prócer nos conoce a fondo.

Pero, en fin, vamos a suponer que, si no es verdad, por lo menos la ciudad no había de enfadarse por eso, ni yo tampoco.

Los espectáculos gratis siempre son agradables.

Pero... queda el rabo por desollar. La visita del rey a Sevilla significa tirar la

casa por la ventana, derrochar el capital del común.

¿Está el Ayuntamiento de Sevilla en esa situación?

No; y aun cuando lo estuviera, debería mirar por sus intereses.

Siendo, como es, el Sr. Marqués de Paradas, riquísimo, ¿por qué no se ofrece a costear todos los gastos que sean necesarios hacer para mayor gloria y lustre de la monarquía, de la que es admirador ferviente?

A la infantita soltera le ha salido otro novio loco.

¡Y van dos!

¿A que se queda soltera esta muchacha después de tantos pretendientes?

CARRASQUILLA.

TRANSWAAL

Kruger y el corso: lo que fué y lo que será.—Los guerrilleros de mar.

El heroico anciano que durante tantos años ha regido los destinos de la República Sudafricana, ha recibido, hasta hoy, más de 2,000 ofrecimientos por parte de otros tantos dueños de buques de todas las naciones europeas y de América.

Quizá nuestra pobre manera de ver las cosas bajo otro aspecto, es causa de que no podamos comprender la resistencia que opone el Gran Viejo a la realización de la guerra de corso, bajo la bandera del Transvaal ó del Orange.

Las hazañas que llevan a cabo los heroicos caudillos boers por tierra, se repetirían por mar, no hay duda; pero el anciano presidente tiene la conciencia tan estrecha como grande el corazón, y creería derrocar a todos los principios de equidad al aceptar los ofrecimientos que se le hacen desde el principio de la campaña.

Hace tiempo que en las columnas de *El Baluarte* publiqué una nota que contribuyó mucho a introducir el pánico entre los miembros del Almirantazgo inglés; esa nota no estaba publicada a humo de paja: ya la Prensa francesa se hacía el heraldo del corso; y yo no había hecho más que ser el eco fiel del *Intransigent*, y decía:

«Rochefort, el revolucionario nato, consideraba como enfermedad contagiosa la sed de exterminio que aqueja a Inglaterra, y propone buscar los medios más eficaces para imponer una barrera al desenfreno del terrible azote.

Proyecta el ilustre intransigente, en unión de todos los *krugeristas*, reunir en una conferencia internacional a los principales periodistas de Europa, a los que se jutarán los presidentes de los comités formados en vista de sostener la causa de los boers; acto seguido se deliberará sobre los medios prácticos de auxiliar a esos héroes.

Además de una suscripción colosal, el flete de buques para transportar voluntarios al Africa del Sur.

Las asambleas tendrán lugar en Bélgica, ó mejor aún, en Holanda, bajo la benévola mirada de la joven reina Wilkamina.

Es una idea grandiosa, que, al realizarse, dará al mundo una prueba patente de que aún está el espíritu de libertad en el corazón de los pueblos. Así sea.»

Hoy, que vuelven a tomar cuerpo las buenas intenciones de los dueños de buques en disponibilidad, es de todo punto necesario recordar lo que fué el corso y lo que será.

Para mi objeto he tomado por ejemplo las hazañas inenarrables de los antes citados corsarios, que forman un admirable paralelo con los jefes inmortales de los titánicos hijos del Transvaal y del Orange.

Las heroicidades de Spion Kop y de otros mil lugares célebres por los éxitos de los boers, tuvieron como dignos parangones varios sitios lejanos de los mares de las Indias.

No por hallarse en países remotos el fulgurante escenario en que se desarrollaron los sucesos que voy a referir, son menos ciertos.

Siempre que se trata de demostrar la fantasmoría de Inglaterra me valgo de documentos oficiales de veracidad irrefutable, procurando siempre que dichos documentos sean de procedencia inglesa.

Una copia de un documento de los archivos del Almirantazgo refiere que el 16 Fructidor, año III (1795), el gobernador de l'Le de France, Mr. Malartie, firmaba la licencia de navegación del buque l'Emilie, que mandaba el capitán Surcouff.

El destino aparente eralas islas de Seychelles, y el propósito, aparente también, cargar tortugas, arroz y algodón. Era debidamente especificado en el contrato que el susodicho buque debía ir armado como un buque mercante en tiempo de guerra, pero no armado en guerra. Distinción insignificante en apariencia, pero capital en la realidad. Dejaba a l'Emilie el derecho de defenderse, pero no el de atacar. Como consecuencia, no era permitido tomar á bordo más que tantas piezas de artillería, tantas municiones y tantos hombres.

Tenemos á Surcouff hendiendo las ondas lo más pacíficamente del mundo, con cuatro pequeñas culebrinas, que casi no se ven, y treinta hermanos de la costa, justamente el personal necesario para las maniobras del buque. No se puede ser más correcto. Sí, pero ¡paciencia! Apenas l'Emilie ha perdido de vista las costas de la isla de Bourbon, su primera escala, unos mozos hercúleos, salidos el diablo sabe de donde, hacen bruscamente su irrupción sobre la cubierta. Son veinte, treinta, cuarenta, sesenta... y Surcouff, con una indignación superiormente simulada, se pone hecho una fiera.

—¡Mil truenos! ¿Quiénes sois?

Ellos, los aparecidos, bajan la cabeza, afectan estar desconsolados, contritos. Entonces refieren al feroz capitán que han tenido historias con la justicia de la isla y que su única salvación era la fuga... Entonces se han colado en el barco por sorpresa...

—Sin embargo—gruñe Surcouff—no los puedo arrojar al mar. Bueno, que se queden. Se hallará algo que hacer para ocuparlos.

Algunos días después se descubre, como por casualidad, en el fondo del buque, como si fuese lastre, una docena de magníficos cañones de grueso calibre y en perfecto estado.

—¡Cosa rara!—exclama Surcouff.—En fin, sería una lástima dejarlos donde están; se oxidarían. Pronto, que se suban esos cañones y que se coloquen frente á esas troneras que, por casualidad, parecían dispuestas á recibirlos. Y ahora, boga, Emilie. Llevas la fogosa esperanza de Surcouff, y sus inmensos proyectos de gloria.

De repente el vigía grita desde lo alto de un mástil:

—¡Un buque!

Surcouff acude. Debajo de la camiseta que cubre su pecho se ve palpar su corazón tumultuosamente.

—¿Qué bandera?

—Inglesa.

—¡Gracias á Dios! Bastante tiempo he esperado ese minuto dramático.

—¡Atención!

La tripulación ha comprendido y ocupa su puesto de combate.

Como quiera que l'Emilie no se apresura en enseñar su bandera, el crucero inglés Pingouin le dirige un cañonazo como primer aviso. Ese cañonazo, Surcouff no vacila en calificarlo de provocación. Se le ataca; está en caso de defensa legítima.

—¡Fuego de todas piezas, compañeros!

Apenas se disipa el humo, ya es suyo el Pingouin.

Surcouff mismo queda asombrado de la prontitud de esa conquista. Lo que se apodera de él, sobre todo, es un asombro alegre, cual águila cautiva que sinuera repentinamente sus poderosas alas desplegarse inmensas en el aire libre.

Ya está lauzado; nada es capaz de detenerle; toda presa que pase á su alcance cae en sus potentes garras. Después del Pingouin, es el Carrier; después el Tritón; después la Diana y qué sé yo... Había dejado la Isla de France con un buque, volvía aún seis meses después con una verdadera escuadra. Se advierten las aclamaciones con que fué recibido su regreso.

La población ribereña había perdido el costumbre de ver llegar á su puerto convoyes de tal importancia y, á primera vista, creyó fuera una invasión inglesa. Cuando Surcouff se dio á conocer fué un verdadero demio. Tuvo una entrada de triunfador. Aparecía Surcouff como el genio de la libertad.

Los ingleses fueron, desde entonces, los proveedores de la isla; entre los buques capturados, sólo la Diana traía 6,000 sacas de arroz.

¿No presenta Surcouff, en la mar, el mismo aspecto que Deiarey en el Veidt, luchando siempre con fuerzas diez, quince y veinte veces mayores á las suyas?

Pues el almirantazgo inglés puede estar convencido que aún hay Surcouff. Que acepte el viejo Krüger el corso y verá.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

De actualidad

Insístese en que Sagasta y la mayoría de los ministros son contrarios á la inmediata reapertura de Cortes.

Dicen de San Petersburgo que el presidente de la República francesa fué obsequiado con un banquete en la embajada y recibió á las comisiones francesas.

Visitó á los grandes buques y dejó tarjeta en las embajadas de Alemania y España. Donó 100,000 francos para los pobres.

Niégame que haya presentado la dimisión Vega de Armijo á consecuencia del discurso de recepción.

Moret acepta el proyecto de Montilla sobre asociaciones religiosas, como fórmula de concordia.

Canalejas se muestra intransigente.

El Correo declárase contrario á la inmediata reunión de Cortes por ser tiempo insuficiente para discutir ningún proyecto.

Sagasta y la mayoría de los ministros piensan así.

Canalejas quiere que se reúnan enseguida.

Esto será el pretexto de la crisis.

Por Barcelona pasó el duque de Génova con dirección á Francia.

En Moscow ha habido graves desórdenes entre los obreros.

Se ha redactado un Mensaje que será enviado á Sagasta, favorable á la política de atracción á Francia.

Pide la rebaja postal telegráfica entre la península y el extranjero; aumento de comunicaciones con Francia y tratado de paz y concordia entre Francia y España.

El Heraldó atribuye á Silvela la declaración de que el actual Gobierno tendrá corta vida por diversidad de criterio entre los ministros.

Que las Cortes no volverán á reunirse y que tampoco habrá proyecto de asociaciones.

Avilés.—Están en huelga 3,000 mineros. Manifestación pacífica. La benemérita reconcentrada.

En Buenas Aires debutó con éxito el tenor Biel.

Conferenciaron Veragua y Gómez Imaz, aceptando éste la Capitanía general de El Ferrol.

El Correo, además de innecesaria, considera peligrosa la reunión de Cortes.

Añade que los pesimistas lo aprovecharían para procurar disidencias, entorpecimientos y disgustos.

Oviedo.—Los socialistas de Mieres organizaron manifestación de protesta contra el resultado de las elecciones municipales.

Dice que los republicanos triunfaron alterando el escrutinio.

El Gobernador ofreció atenderles, aconsejándoles que pidan la nundad.

La Garden Party celebrada en el Campo del Moro estuvo brillantísima, ascendiendo á 10,000 los concurrentes.

Los reyes y aitezas llegaron á los jardines en coche; el rey vestía uniforme de almirante.

En la plazoleta del chalet, cubierta de tapices, veníose la recepción de los acaides y diputados provinciales.

Presentábanlos el Alcalde y el Gobernador de Madrid.

Después sirvióse un refresco.

La fiesta terminó á las siete de la tarde.

Los jardines estaban engalanadísimos.

Málaga: los obreros de los ferrocarriles andaluces han dado un plazo de diez días á la Compañía para que acceda á sus pretensiones.

A París llegó D. Juan Pedro Aladro, procedente de Coru y Avenas.

Propóuese marchar á San Petersburgo y otras cortes buscando adhesiones oficiales para su lucha por el trono de Albania.

Loubet y el Czar marcharon á Peterhof, embarcando en el Alexandra y trasladando se al acorazado Monteam, donde almorzaron.

Han sido excarcelado en Barcelona, Bonafulla, Cerezueta y otros obreros.

A consecuencia de asistir los ministros al entierro de la cuñada de Vega Armijo, aplazóse para mañana la reunión de la ponencia en el proyecto de Asociaciones.

En la recepción habida en Moscou, el Alcalde dedicó su discurso á la fecunda alianza franco rusa, garantía del progreso de la humanidad.

Loubet contestó que la amistad de ambos países nunca se romperá, y que ese acuerdo fraternal era la mejor garantía de la paz universal.

En la Martinica hubo erupción el miércoles, siendo mayor que la anterior y reduciendo á polvo los edificios ruinosos de San Pedro.

Torrentes de lava corren por la mar, produciendo enorme oleaje que impide la navegación. La erupción aumenta en violencia.

Los habitantes de las comarcas próximas refugióronse en Fuerte de Fracia, y quieren abandonar la isla.

El eclipse

La Luna (sonriente).—Muy buenas tardes, amiguito; si no llevarais tanta prisa, os diría que os acercárais porque tengo un frío de mil diablos.

El Sol (poniéndose).—Si trata usted de tomarme la cabellera... ¡bueno!

La Luna.—¿Guasearme yo de quien todo se lo debo?...

El Sol (bromeando).—La forma no me la deberá usted, pero lo que es el fondo...

La Luna.—Y yo se lo agradezco; pues siempre ha sido de bien nacidos agradecer los bienes recibidos.

El Sol (incomodado).—¡Vaya!... abur, que no estoy para latas.

La Luna.—¿Habrá desabrido? ¡Digo, dejar plantada y con la palabra en la boca á toda una señora como yo!

El Sol (asomando un ojo).—¡Brujal!

La Luna (arqueando las cejas y oprimiendo fuertemente los maxilares).—¡Mal caballero! Vaya usted, en mala hora, á hacer su carrera, y quiera Dios no mandarlo más por aquí... ¿Qué se habrá creído el majadero?... Sin duda piensa que le necesito para algo... ¡uf, qué asco!

El Sol (ocultándose por completo).—¡Cotorra, cotorra, cotorra!

La Luna (llorando).—¡Qué desgraciada soy! ¡llamarme cotorra!... ¡y tres veces! ese camastro... ¡jij, jí, jí!... Pero, no (con resolución). ¿Llorar yo?... ¡Qué escándalo, qué vergüenza! ¿Qué dirán, entonces, los que desde abajo me estén contemplando?... (sonriente). Esa pléyade de amorosas parejas que á mi suave claridad refieren sus idilios; esos intrépidos navegantes que sobre cubierta me admiran; esos honrados traginantes de camino que en sus fatigas me miran y bendicen; ese... ¡universo entero!, que no se acuesta, les envío mis reflejos con más fuerza, si cabe, pues viven conmigo y con el montilla, y cuando el solapado astro comienza á reinar se hallan ellos y ellas quitándose los calcetines y peinas, respectivamente; así es que para nada lo necesitan... (pónese un dedo en la frente meditando). ¿Qué sería sin mí el mundo?... ¡un caos insoportable, obscuro y soso; me refiero al mundo de noche; pues nadie me negará que con mi presencia es la noche más poética que el día... mucho más; ¿qué duda cabe? Más apacible, más hermosa, más... Ya lo dijo Kempis: Las almas puras necesitan más de la noche que del día... Supongo se habrá referido á las noches en que luzco esplendorosa... (pausa y sigue meditando).

¿Y qué perdería la humanidad con que desapareciera del mapa de los vivos ese... embustero de sol, que durante el verano es un tostón perpetuo y en el invierno un señorito lítri? Nada, absolutamente nada; pues todos, sobre darme múltiples mercedes, vivirían más á su gusto y con indecible reposo, y yo, prestando mi valioso concurso, mal que pesara á todos los almanaqueos, estaría en eterna plenitud de lucidez, con lo que, indudablemente, ganaría el género humano dos cosas: pues se evitaba las torturas de los largos días del estío al tiempo que tenían noche sobrada... para todo (elevando los ojos... más arriba todavía). ¿No ha de concederme el Altísimo esta petición?... ¿No soy merecedora, siquiera sea en honor á mi constancia en el destino, á tan pequeña merced?... Si es poco lo que pido, casi nada; lucir yo sola y no ver más á ese mal educado.

El Sol (cansado de oírlo, malhumorado). Pue-de usted irse á zurrir calcetines, ¡techuza!

La Luna (llorando). ¡Jesús, qué pena!, estar condenada á eternos insultos.

El Sol (con calma, tratando de disuadirla). Hasta ahora no he sabido lo mala que era usted, señora mía, y si más de una vez le he dirigido, en contestación á las vuestras, algunas insulseces, fué debido á su fuerte carácter irascible; al

ño y al cabo como buena hembra; mas inclinarse en pleitos que no son de su incumbencia le digo que, ó varía de modo de pensar, ó le haré pasar un mal rato, en contra de mi voluntad, ¿se ha enterado la señora arpía?

La Luna. ¡Arpía!... ¡Ay, Dios santo! (desvaneciéndose).

El Sol. Es usted la hipócrita más grande de las mujeres existentes!

La Luna (volviendo en sí). ¿Hipócrita? Lo digo que le faltaba por decirme (llora) ¡jij, jí, jí! ¡oca un pañuelo de batista que lleva al rostro).

El Sol. Ahora verás.

La Luna (que al llevarse el pañuelo á la cara se ha quitado la luz del sol oscureciendo la tierra). ¿Qué es esto?... ¿Y mi luz?... ¿Y mi claridad dónde está?...

El Sol (riendo). Tú misma te la has quitado con el pañuelo, simplona. ¡Ahí verás lo que te les...!

En aquel día, á aquella hora, é idénticos minutos... y segundos, anunciaba el Zaragozano un eclipse total de luna.

JOSE DIAZ VAZQUEZ.

Noticias locales

FRUTOS

No esperábamos que la simiente sana, sembrada por los campeones del republicanismó anticlerical, llegara á fructificar tan pronto.

Por dicha nuestra, está el terreno abonado y esa siembra promete risueñas cosechas en el porvenir.

¿Quién duda que la mujer sea el factor principalísimo del progreso, puesto que ella es quien inculca los primeros sentimientos á los que después han de ser hombres?

Una mujer, pues, es la que da el primer paso en el camino de la tan cacareada regeneración.

Una mujer, convencida de las verdades vertidas á torrentes por Soriano, Blasco Ibañeta y Lerroux, en el mítin de Eslava, sabedora desde largo tiempo de que el clericalismo es el enemigo de todo lo bueno, de todo lo sano y moral, acaba de abrir, con sus propios recursos, una escuela popular para niñas. La puerta de dicha escuela está cerrada á piedra y lodo para todos los militantes de sacristía; en ella no hallarán los amantes de la regeneración ningún libro embroterado, elaborado para el atrofiamiento de las jóvenes inteligencias de nuestras hijas.

Las hijas del obrero hallarán en esa escuela popular de Pastora Domínguez una instrucción positiva y propia de su sexo, exenta de las mil patrañas que hacen de la más hermosa mitad de la humanidad unos seres tan ignorantes como poco propios á la formación de las inteligencias de los hombres de mañana.

Honor, pues, á la valiente mujer que tiene el valor de dar el ejemplo á los hombres, iniciando la marcha de nuevos ideales por los nuevos rumbos del progreso y de la dignificación de la mujer, factor principalísimo de éxitos futuros.

Doña Pastora Domínguez ha abierto su escuela libre en la calle Cañavería número 34, cuenta ya con una docena de niñas, y no dudamos que los republicanos verdaderos harán cuanto les sea posible para aumentar el número de alumnas, dando así una prueba tangible de que los sembradores de ideas libres y redentoras no han arrojado esos gérmenes en una tierra pedregosa é inculta.

Es tanto más laudable la obra de doña Pastora Domínguez, cuanto que, al precio de inauditos sufrimientos y penalidades de todas clases, ha realizado lo que no ha podido realizar la famosa Comisión organizadora de escuelas laicas, tan cacareada de un año á esta parte.

CONFLICTO RESUELTO

No quisimos ocuparnos ayer del conflicto surgido entre la Comandancia de Marina de Sevilla y la Junta de Obras del Puerto, esperando que aquí quedara resuelto en la reunión de anoche. No otra cosa podría suceder, sabiendo el señor Comandante de marina de nuestro puerto que su disposición daba golpe mortal á una entidad que representa la mayor fuente de prosperidad y riqueza de la capital.

En otro lugar de este número, nuestro compañero el Sr. Rodríguez La Orden, Carrasquilla, hace consideraciones sobre el hecho, por lo que nos limitaremos á consignar aquí las causas que motivaron el conflicto, ya resuelto favorablemente, como antes decimos.

El Comandante de marina de nuestro puerto, Sr. Sautaló, cumpliendo ordenes de su superior jerárquico el Comandante del departamento marítimo, exigió á la Junta de Obras el cumplimiento de lo que determina una real orden de 1856, única, según dice, que legisla sobre la materia litigada.

Conforme á esa disposición, las embarcaciones de la Junta deben estar registradas y el personal debe ser técnico, con título especial y dependiente de la comandancia.

Cumpliendo lo dispuesto en esa real orden, irrogábanse á la Junta de Obras dificultades imposibles de vencer y gastos extraordinarios que no bastarían á cubrir las cantidades que la Junta percibe para los trabajos de canalización y dragado del río. Y como se comprende, los perjuicios irían directamente contra la industria y el comercio.

Natural es que la comandancia de marina, de acuerdo con la ley, trate de inspeccionar el